HERALDO DE MURCIA

AÑO III — DIARIO INDEPENDIENTE — NÚM. 573

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

SABADO 3 DE FEBRERO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. . . . . 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. . . . . 00'10 id. id.
En primera. . . . . 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

Elecciones

Mañana domingo se verificará la eleccion de tres diputados á Cortes por esta circunscripcion, luchando sin oposicion y teniendo, por tanto, asegurado el triunfo los candidatos ministeriales D. Pedro Diaz Cassou y D. Angel Guirao y el romerista D. Ezequiel Diez y Sanz de Revenga.

Por adelantado felicitamos á estos buenos amigos nuestros, que seguramente ostentarán dignamente en todas ocasiones la representacion de Murcia.

—

Nuestro estimado amigo D. Joaquin Garcia nos interesa la publicacion de la manifestacion siguiente, dirigida

A los electores de esta circunscripcion.

Dispuesto á sostener mi candidatura en la eleccion próxima, alentado por tantas y tantas ofertas de valiosos elementos y preparada la intervencion, recibí atentísima carta del Excmo. Sr. D. Francisco Silvela, que me obligó á personarme en Madrid, y después de conferenciar con él decidí retirar mi candidatura, teniendo en cuenta las razones aducidas por el mismo.

Un deber de disciplina y amistad ajusta mi conducta; retiro, pues, mi candidatura, haciendo público mi agradecimiento á la inmensa mayoria de electores que me votaban y cuyas sinceras manifestaciones tan espontáneamente demostradas jamás olvidaré; al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, D. Francisco Silvela, por las inmerecidas atenciones que me ha dispensado y las pruebas de consideracion recibidas, superiores en mucho á mis escasos merecimientos; á mi íntimo amigo D. Antonio Garcia Alix, á quien los vínculos estrechos de mi amistad inquebrantable me excusan toda protesta de agradecimiento.

A todos quedo obligado, y sea esta pública manifestacion, prueba evidente de mi gratitud. Hoy como ayer, y como siempre, soy un murciano dispuesto á toda obra, á toda labor que represente bien y prosperidad para nuestra querida ciudad.

Joaquin Garcia y Garcia.

Murcia 2 de Febrero de 1900.

DE MADRID Á MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA.

La circular de las Cámaras

La impresion dominante en el mundo politico es el deseo de terminar cuanto antes la discusion de los presupuestos, único pretesto de la vida del actual gobierno. Todo el mundo parece que tiene prisa, porque todos desean llegar lo antes posible al término de esta interinidad de cosas.

Próximo el desenlace de esta incertidumbre en que venimos viviendo hace algun tiempo, no hay motivos sino para el más hondo desconsuelo. Hay razones sobradas para cerrar el pecho á la esperanza, puesto que nada adelantamos con derribar á los ídolos si en los mismos altares hemos de colocar otros ídolos más falsos que los derribados.

Del gobierno actual no hay para que ocuparse; del Sr. Sagasta nada puede esperarse; ni él, ni los definidores de su política han formulado concretamente ideas nuevas y salvadoras, ni es de suponer que las reserven para mejor ocasion, y es más lógico pensar que no las tienen.

Solo las Cámaras de Comercio, si estas responden á su fin creador, pueden seguramente dar el debido desenlace á esta tragedia nacional.

Es muy comentada la circular que acaba de publicar la comision ejecutiva de las Cámaras de Comercio.

Dicha circular defiende al partido de Union Nacional y dice que no representa los intereses de una clase, sino todos los del pais.

Aconseja organizar dicho partido en toda España mediante la union de los gremios.

Hace un llamamiento á todos los elementos cultos que quieran ingresar en dicho partido y termina censurando á los comités de los partidos políticos que califica de anacrónicos.

La cuestion de los alcoholes

Las gestiones realizadas por los representantes en Cortes y comisiones de las regiones vitícolas, puede decirse que van asegurando el éxito á sus deseos.

De sus visitas á los hombres políticos han sacado la impresion de que el gobierno tendrá que favorecerlos, sino por voluntad por miedo, y como este gobierno solo al miedo se doblega y es el que impulsa sus acciones, ante el temor de sufrir una derrota en las Cámaras, lo más probable es que el proyecto no se discuta, manteniéndose el *statu quo* en el asunto ó sea el régimen tributario vigente.

El Corresponsal.

2 de Febrero 1900.

EL REINADO DE LA INFAMIA

Asi titula el ilustre Amilcare Cipriani un articulo en que, desde las columnas de *La Petite Republique*, se conduele amargamente de la situacion de su pobre Italia.

El titulo del articulo condensa el pensamiento del gran escritor. El reinado de la infamia.... Es cierto; las naciones latinas gimen hoy, todas, más ó menos, bajo el yugo de esa tiranía horrible; la tiranía de la infamia.

A España, lo mismo que á Italia la corroe el virus ponzoñoso de esa gran enfermedad llamada caciquismo, la *maffia* española, audaz en sus actos, infame en sus hechos; ramificada desde *arriba* hasta las hondas lobregueces de *abajo*; dominante por doquier, con sus protecciones á la infamia y sus crimenes á la justicia.

Caciquismo no más; en todas partes y por todos estilos.

Caciques osados por doquiera; *maffiosi* en todas partes.

Los buenos son arrollados por esa compañia poderosa de gentes desalmadas y ruines, con sus envidias de impotentes y su orgullo de soberbios.

Es una dictadura terrible ejercida con beneplácito de los altos poderes. Son la infamia, la osadía, la maldad, erigidas en dueñas y árbitras de todos y de todo.

El reinado de la infamia; esto es; el reinado de los caciques, de los *monterillas*, en todo; en politica, en artes, en literatura; en todo lo que sea algo, en todo lo que palpite y luche y aparezca con fuerzas al campo de la humanidad.

¡Ay del que esté mal con el cacique del pueblo! Bien puede estar preparado, pues sobre él caerá todo el peso agobiante de la venganza del dictador mequetrefe.

Hay que convertirse en servil adulador de esos hombres; hay que pasar por todo; hay que acostumbrarse á vivir bajo la tirania del «reinado de la infamia».

Caciques son los que devoran la patria; caciques los que protegen á los tahures, por propia conveniencia; caciques los que *hacen* elecciones; caciques los granujas, los infames... *Maffiosi*.

He aqui el mal. Señalado está; á buen seguro que nadie dejará de dar palmaditas cariñosas á los *monterillas*, ni habrá quien deje de adular su vanidad, tan grande como su osadía.

La patria está sucia y para barrerla la mejor escoba seria un huracan.

El reinado de la infamia nos tiraniza; los caciques reinan...

¡Maffiosi!

José Martinez Albacete.

El secreto de la vida

—Dime ¡oh sabio! el secreto de la vida...
¿Quieres decir
por qué al hombre que piensa y nunca siente
miro feliz?

¿Del libro de la vida en el arcano
mirar podré?
¿Por ventura es el hombre un dios pigmeo?
¿Muere al nacer?

Las nubes que resbalan por la altura,
¿velan á Dios?
¿Velan su excelsitud?.. ¿Solo son nubes,
tenue vapor?

Las letras de topacio de los cielos
¿que nos dirán?
¿Señalan el poder de Jesucristo?...
¿de Satanás?

Dime ¡oh sabio! qué debe hacer el hombre
para vivir,
hallando la materia en el espíritu
nuevo Cain?

¿Debe el hombre negarse á la evidencia?
¿debe dudar?
¿Sostener con mentiras que es mentira
toda verdad?

Dime ¡oh sabio! el secreto portentoso
de ser feliz.
—Pues, atiende el secreto de la vida...
¡Saber vivir!

Augusto Vivero.

PÁGINAS DE LA HISTORIA

CANDOLLE

El sapientísimo autor de «Prodromus systematis naturalis regui vegetalis», Agustin Piramo de Candolle, fué en los últimos años de su niñez y primeros de su juventud, un excelente poeta, tanto por la facilidad con que versificaba, como por la inspiración que tenian sus composiciones, y no se reveló como científico hasta que hubo contado la edad de veinte años. Uno antes abandonó por completo la poesia para dedicarse al estudio de la Botánica, y tales progresos hizo en un espacio de tiempo verdaderamente corto, que á los veintiún años publicó algunos trabajos que fueron alabados por los más grandes naturalistas de Europa, especialmente el estudio que hizo acerca de las plantas durmientes.

Ansioso de más amplios horizontes y de vivir entre los más grandes científicos, para estudiar con más facilidad todos los progresos que en su ciencia se operan, se trasladó desde Ginebra, donde habia nacido el 3 de Febrero de 1773, á Paris, á los 24 años de edad, y en la villa del Sena, al lado del célebre Adanso, que le distinguia como al más predilecto de sus discípulos, prosiguió sus estudios, teniendo la fortuna en 1806 de ver premiados sus desvelos con un encargo de suma importancia; la inspeccion y estudio del estado en que se hallaba la agricultura en Francia.

En 1812 obtuvo la cátedra de Botánica de la Facultad de Medicina de Montpellier, de la cual fué despojado al restablecerse en Francia la monarquía; entonces se trasladó á Ginebra, donde pasó los últimos años de su existencia dedicado al estudio y á la escritura de su obra magna «Prodomus», que dejó sin terminar.

Candolle murió en Ginebra el 9 de Septiembre de 1841.

Hernando de Acevedo.

Las tres cosas

—DEL—

TIO JUAN

A peticion de buen número de suscriptores, publicamos el siguiente hermoso cuento, que ha obtenido el primer premio en el certamen de «El Liberal».

Todo el pueblo sabia que Apolinar se estaba derritiendo vivo por Lucia, y que, aunque ésta no se derretia por nadie, no ponia mala cara á las solicitudes del mozo. Matrimonio igual: ella, joven, guapa, robusta y, de añadidura, rica; él, en los linderos de los veinticinco, no pobre medio señoritín, por lo que iba para alcalde, y entrambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto más que el sacramento de la confirmacion, y para ese no habia otro obispo sino tio Juan, el *Plantao*, padre y señor natural de la dama requerida.

El ilustre linaje de los *Plantaos* distinguióse desde muy antiguo tiempo por una terquedad nativa, de que estaba justamente orgulloso, y, de haber querido proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un clavo clavado por el revés en una pared de gules. Apolinar sentíase cohibido por esta testarudez hereditaria, y recelaba que el tio Juan saliese con una gaita de las suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus sies ó sus nóes así lo hicieran pedazos.

No hubo más remedio que pasar el Rubicón... y tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de la voluntad paterna. El tio Juan habia dicho una vez: «¿qué trae ese por aquí?» Y para los que le conocian el genio, era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre... Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres como yo te quiero, con los redaños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus quereres y tonteos. Si quieres decírselo, anda: y lo que saques á mi padre del buche eso será, porque yo tambien soy *plantá*.

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta, encaminóse Apolinar á la bodega, pasando primero bajo la llorosa parra que tendia sus sarmientos como cuerdas secas, y después por el angosto corral atestado de aperos de labranza y cachivaches de vendimia. En la puerta de la bodega enredósele un manojo de telarañas en el *bombín*, y tragando saliva entró en la obscura pieza.

—¡Tio Juan; eh; tio Juan...!

—¡Aquí! ¿Eres tú? Con este jinojo de tinglao no se ve gota.

Estaba el hombre muy metido en faena, en mangas de camisa, despechugado, con una pelambre de pecho que parecia una maceta de albahaca. Era más que medianamente apersonado, canoso y fuerte; y sudando, como estaba, parecia un oso polar.

—¿No se figura usted á lo que vengo?

—A tomar un jarrillo.

—No, señor; á tomar un parecer.

—Pues no es lo mesmo. Pero, anda, suéltala; que no hay hombre sin hombre.

—Con esa licencia... no sé cómo le diga que Lucia me tira un poco, un pocazo si se han de decir las cosas conforme son, Y como me parece á mí que yo tambien le tiro una migaja, venía, porque es razon, á decirle qué le parece á usted de este tiraero que va con buen fin y por derecho camino.

Diose tio Juan cuatro rasconazos en el testuz, y, volviendo las espaldas, fué á buscar el jarrillo y la venencia, y con ambas cosas en las manos, como quien echa el *Dominus vobiscum*, se abrió de brazos diciendo:

—Todo el toque del hombre está entre un si y un no. Así es que, antes de soltar uno ú otro, hay que rumiar bien las cosas. Tomaremos un par de alumbradores y que Dios sea con todos.

Y después de beber por riguroso turno, quedóse tio Juan rumiando aquel escopetazo, como un hermoso y prudente buey, que no pone la pata sino en terreno firme.

—Pues, atento á eso, digo que me parece á mi que la mujer se hizo para el hombre y el hombre para la mujer... y que por eso tiran el uno del otro. Pero como ni el hombre ni la mujer son siempre libres, otros han de agarrarse á la mancera para que el surco salga bien hecho y la simiente no se desperdicie. Yo, que por lo de ahora soy el gañán en este negocio, te digo que quien quiera ayuntarse con mi cordera ha de hacer tres cosas, sin que ninguna le perdone; no haciéndolas, ya se puede ir con viento fresco y levantar la parva.

—Aunque sean trescientas haré yo, con tal de meterme debajo del yugo. Eche usted, tio Juan, por esa boca, que ya se me hace tarde, y aunque me mande cargar con la bodega, todavia me habia de parecer mandato ligero, según lo encalambrinado y emperrado que estoy con el aquel del tiraero que ya le he dicho.

—No soy tan bárbaro para mandar lo que está fuera de las fuerzas del hombre, por animal que sea. Las tres cosas que pido son éstas: que me traigan todos los dias la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba, para hacer un remedio de este dolor de hijares que me quita el resuello de cuando en cuando: que al que tenga ese querer, vésalo yo una vez siquiera trincar un bocado de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse; que el tal me dé candela en la palma de la mano el dia de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con sosiego, sin hacer bailes, ni meneos, ni soplar, ni sacudir.

—¿Nada más?

—En eso me he plantao, y ha de ser á lo justo; que ni sobre ni falte.

—Tio Juan, vaya usted preparando el yugo más fuerte que haya en casa, porque yo me lo echo encima si Dios no dispone otra cosa.

Y Apolinar salió de allí con la cara radiante, bailándole los ojos en una ráfaga de alegria loca y dando al viento como romántica pluma aquel jirón de telarañas que se pegó en el sombrero.

—¡Troncho, qué suerte! Lucia, me ha dicho tu padre que te vayas preparando, que tenemos que abrir un surco.

—Qué tonto eres. ¿De qué surco hablas? Me parece que viene su merced algo repuntado y que el jarro habló más que las personas.

—Te hablo del surco que han de hacer en el mundo todas las yuntas humanas. Verás que labor más dulce.

—¡Pero qué borrico te has vuelto!

—

«La del alba seria» cuando Apolinar acudió solícitamente á su corral sin quitar ojo del gallo hasta que dió de sí el extraño remedio del mal de hijares, que en caliente recogió, bien así como si llevase dentro una preciosa esmeralda. Cumplida por aquel día la primera condicion y no sabiendo qué hacer á tales horas, tan desacostumbradas para su vigilia, fuese con los cavadores á su majuelo *á matar el tiempo* hasta que el estómago le avisase. Al llegar á la viña dijo á los jornaleros:

—Vamos á ver, muchachos; un cuartillo de vino hay para quien, sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse, trinque un bocado de sarmientos.

—¿Pero eso qué tiene que hacer? ¡Valiente hombria!

Y cuatro ó cinco, los más jóvenes, salieron del grupo y doblándose y enderezándose, sacó cada cual un sarmiento del modo y manera que los palomos cogen pajitas para hacer el nido.

—A ver yo...

¡Que si quieres! Cuantas veces quiso probar, dió de cabeza en el monton. Una risa franca y noblota alegró el majuelo, y hasta el sol de color de cereza que subia por la cuesta azul parecía una gran cara hinchada de risa.

—Para hacer eso hay que criar mucha fuerza de espinazo y que las patas no se blandeen. Es menester cavar viñas y darle al cuerpo buenos remojones de sudor.

—¿Si? Venga un azadón. Este no pesa, otro...

Y como general que arenga á sus tropas dijo blandiendo el instrumento:

—Hoy seré uno de tantos. Hay que apretar... y no os compadezcais de mi si veis que reviento, porque necesito echar un espinazo que sea á la vez tronco de olivo y vara de mimbre.

Aquella fué una jornada heróica. Los cavadores, viendo cuán gallardamente trabajaba Apolinar, mermaron cigarros, ahorraron coloquios, apresuraron meriendas y sacaron el unto á sus brazos. Al ponerse el sol, no presentaba aquella cara burlona, henchida de risa, con que apareció entre las brumas de la mañana, sino otra muy grave, casi austera, que parecia complacida con la ofrenda del sudor humano que riega el terron y fecundiza el mundo.

Al dar de mano, dijo el jefe de la cuadrilla:

—¿No has visto la sementera?

—No.

Y Apolinar sintió una vergüenza muy honda por aquella confesión hecha en pleno campo.

—Pues, vamos, hombre: hay dia para todo. Tengo una disputa con tu primo Epifanio: él, que lo suyo es mejor: yo, que lo tuyo. Como sementera temprana, la cebada nos llega á la rodilla: el trigo parece un forrajal.

Y fueron al sembrado, que con su verdor alegraba el alma, y en ella sintió Apolinar una voz gozosa que parecia brincar en otra mancha verde y lozana, gritándole: ¡Todo es tuyo: regocijate ó no eres hombre!

Y se regocijó honradamente, paternalmente, como si toda aquella vigorosa fuerza germinativa hubiese salido de sus propias entrañas.

—¡Yo, que no habia visto esto! ¡Maldito sea el Casino y las cartas y quien las inventó! ¡Malditos los tabernáculos, que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendicion de Dios derramada por los campos!

Los sembrados del primo Epifanio no resistian la comparacion. La tierra era la misma; pero rutinas, codicias, caprichos, ignorancia y necesidad la habian esquilmado y empobrecido. El viejo jornalero explicaba el caso.

—Dale á un trabajador carne y vino: á otro, papas y tomate. Eso es la tierra: un trabajador. Segun le eches asi produce.

Apolinar sintió que otro amor sano y fuerte se le entraba en el alma: el amor á la tierra, el amor á lo suyo, el gozo intimo y callado del que posee, del que se conforta al calor del surco, como semilla